

Con vos, sin vos, conmigo

Laura
Bacigalupo



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Con vos, sin vos, conmigo

Laura
Bacigalupo



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Índice

Prólogo.....	11
--------------	----

Primera parte. Con vos

Antes del principio.....	15
Encuentro. Leguizamón 245.....	17
Estudiantes.....	21
El amor.....	23
Contrapesos.....	25
El CD.....	27
Un gesto.....	29
Regalo.....	31
La venganza.....	33
Verano 2020.....	37
Siempre hay alguien.....	40
Pandemia.....	43
La esperanza.....	45
Mar de fondo.....	47
Nuevas frustraciones.....	49
Carta a los médicos.....	51
Coraje.....	56
La soledad.....	58
Disociación.....	60

Segunda parte. Sin vos

La muerte.....	63
Inimaginable.....	67
Registro de un viernes.....	70
Conversaciones.....	73
Alianza.....	75
Subterráneo.....	76
Música.....	78
Despedidas varias.....	80
Primera escapada.....	82

Regreso.....	85
Brisa.....	87
Visita.....	88
Cumpleaños.....	90
Devoluciones.....	92
Egreso.....	94
Presencia.....	96
¿Es envidia?.....	98
Tu lugar en el balcón.....	100
Carta abierta.....	102
Fin de año.....	105

Tercera parte. Conmigo

Mi esencia.....	109
Calendario.....	112
Oscuridad.....	113
Fechas especiales.....	114
Sin registro.....	115
Recreo.....	117
Orgullo.....	118
Entorno.....	120
Repaso.....	121
Pregunta.....	122
Proyectos.....	124
Mientras tanto.....	127
Desafío.....	129
Buscarte.....	131
Proceso.....	133
Sueño.....	134
Presencia.....	138
Viajes.....	140
Sin saber.....	142
¿Qué verías?.....	144
Al final me di cuenta.....	145

Agradecimientos.....	147
----------------------	-----

*“Yo me pregunté hasta cuándo te querré como hasta hoy.
Vos me enseñaste llorando que de nada sirve el adiós”.*

De nada sirve, NO TE VA GUSTAR



Prólogo

Entre la anarquía de emociones que me provocó tu muerte, en estas líneas trato de ordenar algunas pocas de ellas. En especial, calmar un miedo enorme que no es al olvido, sino a la pérdida de intensidad de mis recuerdos. Quiero evitar con todas mis fuerzas que el recuerdo de una cena compartida finalmente sea tan sólo eso, el recuerdo de una cena compartida.

Siento la necesidad de honrar cada minuto de cada memoria y si bien sé que ello es imposible, al menos aquí intento dejar registro de algunos instantes. Detenerme en detalles de momentos salpicados, elegidos al azar y sin motivo —algunos sublimes y otros no tanto—, para rescatar lo que había detrás —o delante— de cada uno de ellos: el recuerdo del timbre de tu voz, de tu risa de costado, de tus cejas levantadas de forma asimétrica, tu mano apoyada sobre la mía mientras conversábamos en una sobremesa, la música que nos ha rodeado, una brisa de verano en la vereda, el aroma del mar caminando juntos y también del río que tanto te gustaba navegar.

Las fotos pueden traernos imágenes y los videos sumar movimientos; los audios, reflejar el tono de voz, pero lo esencial no puede ser captado por ninguno de esos medios. Tal vez la escritura sea lo que pueda acercarnos mejor a esos lugares que escapan a la materialidad.

Y lo que se escribe, no muere. Al contrario, mantiene vivo lo que fuimos y lo que somos, y nos deja un poco más livianos para poder seguir siendo.



Primera parte

Con vos



Antes del principio

Solía pensar que las grandes historias de amor, esas que trascienden, que sobresalen, surgen de manera abrupta, inesperada. Que desde su comienzo tienen una fuerza arrolladora que se lleva por delante todo lo que encuentran a su alrededor y transforman, en un abrir y cerrar de ojos, cualquier escenario. También imaginaba —tal vez por consumir ficciones enlatadas— que lo que trasciende es sólo lo extraordinario.

En contraposición, supuse que las historias comunes, ordinarias, pasaban de largo. Aquellas que no provocan ni desafían, no merecían entonces que sean contadas ni atendidas, como si les faltara emoción.

Crecimos prácticamente juntos, nos conocimos de adolescentes, nos casamos muy jóvenes y nos convertimos al mismo tiempo en adultos, hasta donde la vida nos lo permitió. En ocasiones caminamos a la par, aunque a veces ese paso no fue parejo y nos desafió a respetar nuestros propios ritmos; mientras uno avanzaba, tal vez el otro retrocedía o se quedaba en el mismo lugar, pero mágicamente —o no tanto— siempre volvíamos a coincidir.

Ese camino comenzó tibiamente, con idas y vueltas, curvas y contracurvas. Fue una relación cocida a fuego lento, y tal vez por ello, siempre tuvo el mejor sabor.

No hubo una historia despampanante, ni un evento icónico, no transitamos una transformación radical. Puede ser que se haya tratado de una historia del montón, pero justamente por su sencillez —sin estruendos ni reflectores, sólo por su tenue fuerza y convicción, por su compromiso y amor— nos llevó a desplegar nuestra mejor versión y sin quererlo, lo cotidiano se volvió sublime y lo sublime, se convirtió en una extraordinaria relación de a dos.



Encuentro. Leguizamón 245

No recordaba exactamente esta dirección, sólo el nombre de la calle, por ser cercana a la casa de mis padres, en Concepción. Hoy me desperté recitando la altura exacta y lo corroboré en internet para ver si era cierto. Sí, en esa dirección, precisamente, se ubica la casa de tus primas, amigas de mi infancia.

Cuatro hermanas muy cercanas por aquellos tiempos. Una de ellas, empecinada por rescatarme de la tristeza por la pérdida de un amor de verano. Por aquel entonces, su primo era lo que ella consideraba el remedio para mis penas adolescentes. Un chico porteño, uruguayense de a veranos, candidato ideal según ella. Pero mi temprana tendencia a insistir con lo que me es negado hacía que para mí esa no fuera ni una remota posibilidad.

Recuerdo esa siesta de verano, entrando a la casa de ellas como si fuera la mía (no existía tocar el timbre ni golpear la puerta) cuando, al cruzar el cancel previo a la puerta de entrada, me encontré con vos, que justo salías rumbo a la playa.

Recuerdo tu gesto, tu mano en el picaporte, tu sonrisa de costado y tu sorpresa al verme entrar con tanta decisión.

—Hola, ¿están las chicas? —atiné a decirte. Ambos mirábamos al otro como si fuera un extraño. Ambos estudiábamos al otro con recelo, sin entender qué hacía entrando en su mundo...

En ese instante, las tres hermanas más grandes, vinieron a mi encuentro. La más pequeña, algunos años menor, por ese entonces, era la nena de la casa.

Vos ya te ibas a la playa, nosotras nos instalamos en el comedorcito para entregarnos a la charla, al hacer y deshacer la vida del pueblo en esas siestas de chicharras y calor agobiante. La playa, en todo caso, quedaría para más tarde.

Vos ya te ibas a la playa, pero necesitabas hacer algo antes, ¿necesitabas hacer algo? Algo que, antes de antes, sin embargo, no estaba en tus planes. Mientras tanto, te sentaste con nosotras y escuchaste de costado tejer y destejer anécdotas. Parecía que nuestras voces ni siquiera te tocaban, pero tenías la sonrisa contenida, desde allí hasta siempre. Lo recuerdo como si la escena estuviese sucediendo en este preciso momento. Sentado en una butaca, sin hablar, sin mirar, pero escuchando cada sílaba de nuestros diálogos.

Yo tenía como mucho quince años, vos algo así como veintidós. Finalmente, retomaste tu programa original y saliste rumbo a la playa. Una de ellas quedó fascinada con lo que yo no había visto, sentido, ni pensado: ¡Se quedó por vos! Nada me resultaba más

extraño. También, por ese entonces, me resultaba indiferente. No me sorprendió, no lo registré, parecía una estrategia más para distraerme.

Por ese entonces cursaba la secundaria, pasaba de tercer a cuarto año. De mi parte, seguí persiguiendo amores que, por suerte, no se dejaron alcanzar. Vos hiciste lo propio. Aunque prefiero no saber sobre tus historias de aquel momento.

Nos encontramos nuevamente el verano siguiente. En mis vacaciones familiares y, por suerte, coincidentes en tiempo y espacio con las de tus primas en el este.

Una de las pocas noches que renunciábamos con ellas a nuestras salidas nocturnas cotidianas, nos quedamos en su departamento, que por esas vacaciones también era el tuyo, jugando a un juego de mesa que ahora no recuerdo.

Nuevamente vos tenías otros planes, que pusiste en pausa para sumarte. Algo flotaba en el aire. Jugamos entre todos, y nos desafiamos. Hicimos apuestas y en una de tantas, yo perdí... y vos ganaste. La prenda fue salir juntos una noche en el Este. Acordamos día y hora. Estábamos jugando. Nunca lo tomé en serio. Para mí no era más que un juego.

No te esperé la noche convenida. No creí que fuese cierto. No porque fuese imposible sino porque era una prenda de un juego de esa sobremesa. Sin embargo, por siempre, años y años después, seguí escuchando estoicamente el reclamo por no haber cumplido ese día mi promesa. Me pasaste a buscar el día y en el horario definido y yo no estaba.

Para compensar, combinamos otro encuentro para otro día y horario. Acordamos como destino el parador de playa que estaba de moda. No hubo mucho baile, más bien tragos y una vuelta a casa poco lúcida de tu parte. Recuerdo volver caminando. A la par. Uno con más solvencia que otro. Pero juntos. Creo que desde entonces empecé a cuidarte.



Estudiantes

Estabas terminando lo que yo empezaba. Nos acompañamos en esos caminos. Pude estar ahí el último día de tu última cursada. Como vos también estuviste luego, el último día de la mía, seis años después. Siempre con estilos tan distintos, pero complementarios. Todo era nuevo. Esa etapa de mi vida que empezaba —con mudanza incluida y arraigo en otra ciudad— y la de la tuya que estabas cerrando un ciclo universitario.

Me recuerdo entrando a ese edificio que parecía inconcluso, de paredes altas, ladrillos sin revocar, techos eternos que para encontrarlos tenía que inclinar la cabeza hacia atrás y la escalera de mármol blanco que nacía desde el centro de ese *lobby* gigante y se perdía hacia arriba, sin final. Allí, parada sobre el primer escalón y apoyada en la baranda, esperé hasta que bajaras, luego de terminar de cursar el último día de tu última materia. Estaba incómoda. Tenía miedo. Me sentía ajena.

Ahora lo pienso y desde mi mirada de adulta no lo comprendo, pero a mis diecisiete años dudaba. Dudaba sobre si era lo adecuado presentarme en ese lugar, sin

aviso previo, de sorpresa, pero, sobre todo, dudaba de si te iba a gustar. Temores adolescentes, inseguridades, en especial de cuando algo recién comienza.

Te vi bajar tranquilo, seguro y te acercaste a saludar. Me preguntaste qué estaba haciendo en ese lugar mientras tu sonrisa asomaba contenida y vino a confirmarme que yo estaba donde tenía que estar.

Tal vez ese evento inauguró nuestras sucesivas mutuas y eternas sorpresas. Todas distintas pero parecidas en esencia y siempre en viceversa. Siguieron muchas, hasta siempre. La causa solía ser anecdótica, un examen o un día de trabajo que el otro sabía difícil, almuerzos improvisados, fiestas sorpresas, regalos pensados y dedicados, notas debajo de una almohada, mensajes inesperados, acompañando logros o dificultades, pero sobre todo estando presentes de manera mutua en el camino del otro.

Y la bendición de que esas sorpresas, en algún lugar, tampoco lo eran porque nos reconocíamos en ellas. La sorpresa, para ser tal, supone, en el fondo, conocer al otro para poder sorprenderlo, pero en ese conocimiento también está la confianza.

El amor

Caminar a la par. Proteger. Dejar volar. Acompañar. Sostener. Apoyar. Celebrar. Reconocer. Admirar. Abrazar. Besar. Desear. Escuchar. Proyectar. Crecer. Brindar. Compartir. Anidar. Listado de verbos incluidos en uno sólo: AMAR.

Sin mucha introducción dijo: *“A veces me reencuentro con parejas que casé hace muchos años y me cuentan con orgullo: ‘Nos queremos como el primer día’”*. Entonces reflexionó: *“El logro es hacer crecer ese amor. Espero que al encontrarlos nuevamente puedan decirme cuán lejos están de ese primer amor, cuán lejos están de aquello que hoy sienten”*.

Esas palabras dichas al pasar por un sacerdote en nuestro curso prematrimonial fueron tu mantra. Cada vez que querías resaltar cuánto me querías volvías a ellas y acentuabas que tu amor crecía día a día, crecía con el paso del tiempo. Decías que era más profundo que el día anterior y apostabas a que sería menor que al día siguiente.

Como en muchas otras cosas de tu vida, tenías en claro dónde estabas y hacia dónde querías ir. Me doy

cuenta de que fuiste el mejor socio de vida. Construimos una dupla, luego un equipo. Cada uno con su rol, avanzando en forma independiente, pero juntos.

Pasamos por épocas de amor romántico, donde las nubes eran nuestro hogar, otras de trabajo duro, donde la distracción no tenía cabida, pero siempre a la par.

Ese entendimiento profundo, pero nunca explicitado de que el amor es construcción. Ladrillo por ladrillo, capa por capa. Atendiendo primero a levantar los cimientos para darle fortaleza a la relación. Mucha complicidad, miradas suficientes para decir mil verdades, esperanzas permanentes, olas que revolcaron ilusiones y épocas para sobreponerse. Proyectos, viajes, decisiones.

La tranquilidad de saber que siempre querías lo mejor para los dos. Sin egoísmos. Sin distinciones. El privilegio de saber que en vos encontraría una mirada desinteresada, una mirada amorosa, contenedora. Tan distinto a lo que estaba acostumbrada a pesar de haber sido criada con muchísimo amor.

Te gustaba ese rol y pude agradecerte a tiempo el haber sido mi mejor mentor.

Contrapesos

Sabías cómo conquistar ciertos espacios. Los fines de semana te gustaba cocinar y cocinarnos. Ese delantal pintado por uno de tus hijos con trazos gruesos en una actividad escolar del jardín de infantes era tu uniforme preferido para sumergirte en ese mundo de fines de semana. Como todo lo tuyo, la cocción siempre era a fuego lento. Excusa para prolongar los momentos previos, de conversaciones interminables.

Te movías con soltura y cierto desorden que por aquel entonces me molestaba. Te reías y yo me enojaba. Mientras tanto ellos jugaban y cuando los llamabas a la mesa siempre tardaban en llegar; entonces, te enojabas y era yo quien se reía y disfrutaba.

Esos pesos y contrapesos tan simples y cotidianos también estuvieron presentes cuando las cosas se volvieron más espesas. A veces llegábamos a los extremos, como un péndulo. El nacimiento de cada uno de nuestros hijos nos desafió en cada ocasión. Fueron momentos en los cuales nos acercábamos a los extremos, aunque

con el correr de los meses el vaivén siempre iba disminuyendo y el movimiento haciéndose menos intenso.

Los caminos hacia las decisiones trascendentales o hacia las más cotidianas, y los caminos que emprendíamos justamente después de tomar cada una de esas decisiones, también nos han llevado, muchas veces, de un extremo a otro. De igual manera, o aun de maneras más intensas, recorrimos también juntos los caminos que no nacían de nuestras voluntades sino de imposiciones de la vida, incluso, la más dolorosa de todas que llegó con el otoño en un mes de marzo de malditos diagnósticos. Construimos nuestro propio mundo, aunque muchas veces con miradas diferentes. Ni las imposiciones más desagradables ni los dolores profundos pudieron torcer nuestro rumbo. Aunque se tratase de un presente sinuoso, cuesta arriba o cuesta abajo, suave o áspero, fuimos bendecidos con terneros y supimos transitarlo juntos, construyendo nuestro propio mundo.

El CD

Fue un domingo como tantos otros. Domingos de rutinas familiares antidomingos en los cuales salíamos a cenar los cinco, temprano, ya que al otro día “había colegio”, aunque faltaba poco porque estábamos en el mes de diciembre. Fue un domingo de cena con música y de regalo promocional de un CD grabado con canciones inéditas de artistas amateurs que querían darse a conocer. Aún recuerdo el dibujo de la tapa.

Y pronto llegaron las vacaciones y nuestros viajes al este. Siempre por el camino más largo. Te resistías a hacerlo diferente. Siempre a tu manera, aunque todos protestáramos. Sin embargo, te dejábamos hacer. Y, al final, nunca estaba mal. Ese verano no fue la excepción y por cierto, tuvo un toque especial. Durante todo el viaje y cada uno de esos días, sonaron de fondo las letras de esas canciones inéditas del CD regalado, algunas en español y otras en otras lenguas.

Nos daba gracia tu convicción de que sabías portugués y entonabas esas estrofas compenetrado. Repitiendo lo que entendías e inventando lo que no, compenetrado

—cierro los ojos y puedo ver el rictus de tu cara, tus expresiones, cantando mientras extendías tu mentón hacia adelante y entrecerrabas los ojos.

Ese CD fue sinónimo de un verano. No sé exactamente dónde está, tampoco sé si aún lo conservamos o pereció en alguna mudanza o embestida de una puesta en orden despiadada. Sin embargo, sí sabemos que fue parte de aquel verano, que fue parte de lo que fuimos y de lo que somos. Aún lo recordamos.



